

TITULO

Olvídate del cielo

Rocío López Núñez

DEDICATORIA

Para Lucas

Avanzó penosamente a través de las tinieblas que envolvían la ciudad de madrugada, empapándose en la sensación de peligro que le proporcionaba la penetrante oscuridad de la noche.

Le había seguido calle abajo el tiempo suficiente como para saber hacia dónde se dirigía. El pobre siempre había sido como un animal de costumbres y afortunadamente para él aquello no había cambiado con el tiempo.

Aquella era su víctima, la que se dirigía confiada hacia el muelle. A pesar de que sabía que debía disfrutar del momento, algo en su interior se lo estaba impidiendo. Tal vez la larga espera, tal vez el dolor del recuerdo, pero no debía desfallecer. Debilitarse justo en aquel momento no era una opción e hizo lo que mejor sabía hacer para calmarse: se detuvo pegando su espalda contra la pared, cerró los ojos y respiró profundamente tratando de tomar el control sobre sí mismo y sobre todo aquello que le rodeaba. Entonces pudo sentir con satisfacción que su mundo se estaba deteniendo, que todo a su alrededor se paralizaba y tomó las fuerzas necesarias en el dolor del recuerdo.

Abrió los ojos y exhaló un suspiro mientras giraba la cabeza buscando a su víctima, quien se había detenido en el borde del muelle observando las vistas del otro lado de la ciudad mientras fumaba un cigarrillo completamente ajeno a lo que estaba a punto de ocurrir. El hombre que le seguía desde el aparcamiento cercano se acercaba con rapidez empuñando su cuchillo con decisión, cortando la niebla.

El cigarrillo cayó al suelo salpicado por la sangre que repentinamente salía de la profunda herida de su cuello. Se sujetaron con fuerza el uno al otro mirándose, pero la fuerza de uno de ellos se fue desvaneciendo mien-

tras se desangraba y el otro, sin soltar el cuchillo, le acompañó en su caída apoyando sus rodillas contra el suelo mientras le veía morir.

Se quedó allí arrodillado, sujetando su cuello ensangrentado, observando su rostro desencajado levemente iluminado por una farola cercana y por el resplandor de las luces de la ciudad al otro lado de la bahía, y se dio cuenta de que al fin todo había empezado: los largos años de angustia, empapados por el dolor y la soledad, tenían una recompensa y con los ojos llenos de lágrimas sintió cómo una relativa paz invadía su cuerpo. Sí, se sentía bien, aliviado y tranquilo, y sin dejar de observar el cuerpo del hombre que yacía a sus pies, encima de un enorme charco de sangre, se dispuso a terminar su trabajo mientras la tupida niebla formaba remolinos alrededor de su cuerpo.

El despertador se iluminó ruidosamente a las cuatro y veintisiete de la madrugada arrancando al detective de su sueño ligero.

Evan Reed nunca había necesitado dormir demasiado y, con el paso del tiempo, aquella necesidad se había ido haciendo cada vez más escasa. Aun así remoloneó enredándose entre las sábanas, amparado por su calor y por la agradable sensación de confort que la pesada manta aportaba al frío invernal. Noviembre llegaba a su fin y el frío había empezado a hacerse cada vez más evidente.

Se sacudió la pereza y se frotó los ojos sentado sobre la cama, se estiró y se levantó bostezando mientras se rascaba la cabeza. A pesar de sus treinta y cinco años, las canas habían empezado a poblar su pelo corto y ligeramente rizado, pero del resto de su cuerpo estaba orgulloso. Era alto, musculoso y de tez morena y profundos ojos grises. No tenía gustos elegantes ni pretendía tenerlos, su apartamento era pequeño, sencillo, sin pretensiones, pero bien ubicado en una de las zonas más bonitas de Brooklyn. Era amante de las cosas sencillas y necesitaba de sus pequeñas rutinas, las mismas que cada día le aportaban calma y estabilidad.

Sorbió rápidamente de su taza de café mientras observaba a través de la ventana como la tupida niebla le impedía ver el parque que tenía enfrente. Había escogido aquel diminuto apartamento precisamente por su ubicación, rozando el parque en la bella zona de Fort Greene. Necesitaba de la tranquilidad y del amparo que solo allí conseguía. Tan solo así calmaba los gritos de su interior.

Sacudió con fuerza el viejo saco de boxeo que había colgado hacía tiempo y con el que se estrenaba todas las mañanas hasta quedar rendido, mientras por su cabeza se atropellaban las imágenes del éxito obtenido con

su último caso: “El violador de Battery Park”. Así le habían llamado al huido sesentón que, con gran pericia, se había burlado de la policía de Nueva York, y que gracias a la investigación que él había liderado, descansaba ahora entre rejas a la espera de juicio.

Cuando sintió que los golpes habían sido suficientes se enfundó en un tupido chándal rojizo y, protegiendo su cabeza del frío con un gorro de lana, salió al exterior.

Cruzó la calle desierta a la carrera, internándose en la espesura del Fort Greene Park, el coqueto lugar donde cada madrugada completaba su entrenamiento acompañado por la música en sus cascos y su soledad.

Adoraba aquel momento diario que solo era para él, cuando su mundo se clarificaba y todo su cuerpo se relajaba tras el ejercicio. Agotado, se sentó en la cima de las escaleras del Prison Ship Martyr’s Monument mientras recuperaba el aliento, antes de volver a su apartamento. Pero de camino la música se interrumpió bruscamente, su móvil estaba sonando. Evan miró su reloj: eran las seis y cuarto de la mañana.

—Detective Evan Reed.

Escuchó con atención la voz de su interlocutor mientras entraba en su piso directo a la ducha con el ceño fruncido. Recién terminado un caso otro llamaba a su puerta, aunque lo prefería así. Necesitaba sentirse alerta, ocupado, útil.

Cuando el agua estuvo tan caliente como pudo soportarla, se quitó la ropa sudorosa y dejó que el chorro acariciase su cuerpo torneado. Se había tatuado la espalda varias veces a lo largo de su vida, la primera con veinte años y presumía de haber completado el trabajo, un precioso árbol de finas hojas que nacía de la parte baja de su espalda creciendo hasta su cuello de derecha a izquierda. Era perfecto y estaba orgulloso de él porque le había llevado muchos años completarlo y hacía que su tatuador de confianza se lo repasase cuando era necesario. Había conseguido que fuese hermoso pero

discreto al mismo tiempo y cuando se vestía solo quedaban a la vista un par de hojas que adornaban su cuello. A las mujeres les gustaba y a él también.

Miró por la ventana, la niebla comenzaba a disiparse dando paso al amanecer que despuntaba tímido y soleado, aun así hacía frío, así que se abrigó enfundándose en sus inseparables vaqueros, unas zapatillas oscuras y cómodas, un suéter y una bufanda. Cogió su abrigo y salió a toda velocidad: un asesinato necesitaba de su talento para ser resuelto.

